

Lo local frente a la globalización

José Allende Landa*

INTRODUCCIÓN

El proceso de globalización económica-financiera, paralelo a la generalización del pensamiento neoliberal, está imponiendo como únicos valores en las relaciones internacionales el mercado y la competitividad.

La senda hacia la mundialización de la economía, además de aumentar las desigualdades entre las distintas regiones del planeta y entre los ciudadanos, parece conllevar una mayor concentración de poder, una disminución del control democrático y una crisis de los tradicionales estados-nación. También se observa una homogeneización o uniformización cultural que si bien interesa a los poderes económicos y políticos que emergen con fuerza, las transnacionales, fuera del control democrático, anuncian el peligro de una pérdida de diversidad cultural del planeta con consecuencias graves para el patrimonio cultural y el propio ecosistema humano.

Este inquietante panorama, lúcidamente analizado por R. Fernández Durán, sobre todo en el desarrollo del tandem «europeización-globalización» (1996), contrasta poderosamente con el nuevo pensamiento y concepto del desarrollo sostenible (DS) y con el equilibrio ecológico del planeta que, requiriendo una visión holística, integral, globalizada, se muestra incompatible con la senda de la globalización económica y la sacralización del mercado.

Ante este conflictivo escenario, aún insuficientemente analizado pero con previsibles y nefastas consecuencias en la cohesión social, en las desigualdades socioeconómicas entre

el Primer y Tercer Mundo y en la consolidación de los procesos democráticos renace, paradójicamente, «lo local», la fuerza y reafirmación de municipios, comarcas, regiones y naciones sin estado.

La globalización despierta y estimula una reacción de procesos *boston-up* que demandan un mayor protagonismo de los pequeños, su reafirmación cultural y de singularidad socioterritorial, un mayor control democrático a través del reforzamiento de la democracia participativa, el crecimiento y expansión de las ONG y una recuperación de valores universalistas, diluidos por el poder del mercado único, como la cooperación y la solidaridad. En definitiva una nueva visión de la humanidad, un reconocimiento del preciado patrimonio que significa la biodiversidad cultural, sin exclusiones ni fundamentalismos caducos, y el nacimiento de una conciencia ecológica planetaria donde, si bien la globalización en este caso le da su sentido profundo, es en la praxis desde «lo local» donde el cambio y la esperanza encuentran el campo abonado.

La nueva senda del desarrollo sostenible es, en mi criterio, uno de los conceptos-filosofía más relevantes frente a la mundialización del mercado y sus previsibles consecuencias. Y en sintonía con esta senda del pensamiento de la sostenibilidad que tiene un carácter integral, aunque su dimensión ecológico-ambiental sea, por el momento, la más visible, la ordenación del territorio, con su plural andamiaje, reaparece con fuerza para la implementación del Desarrollo Sostenible desde las escalas locales y para la incorporación de la democracia participativa con criterios de equidad y justicia distributiva.

Existe sin embargo el peligro de que, desde la escala de lo «lo local», se mimetice ese proceso centralizador y desnaturalizador de la equidad socioterritorial, además de nefasto en términos ecológicos para el ecosistema planetario. Y este peligro viene del interés que se observa en ciertos círculos del poder por el equívoco «poder de las ciudades»,

* Catedrático de Economía Aplicada de la EHU-UPV (Planificación Urbana y Regional).

Lo local frente a la globalización

que no es más que potenciar megaciudades, grandes áreas metropolitanas, en un intento de sustituir los estados-nación por ciudades-estado. De esta manera se favorecerían procesos de desertización rural y de concentración de población y, sobre todo, poder en las grandes ciudades, con lo que se reforzaría la mayoría de los males detectados en la globalización económico-financiera con efectos aún más nefastos sobre el ecosistema planetario, complicando además la implementación y consecución del Desarrollo Sostenible.

La máxima pues de «pensar globalmente, actuar localmente» adquiere con la globalización, y los efectos que empiezan a desvelarse, una actualidad y relevancia inequívoca al pretender tergiversar el mensaje sustituyéndolo por «pensamiento local y, a poder ser "único", acción global dirigida por el mercado».

El desarrollo sostenible no es compatible ni con el modelo centralizador, ni con la pérdida de biodiversidad natural y cultural, ni con la sacralización del mercado, ni con el actual modelo de producción y consumo hasta ahora presente en los países denominados «desarrollados». Se requieren cambios fundamentales en este modelo del mercado como valor supremo si el mundo quiere caminar por la senda del D.S. como enfatizó en la Cumbre de Río el Secretario General de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, Maurice Strong, y como aceptaron los 178 países del planeta que consensuaron y firmaron la Declaración de Río y la Agenda 21 (1993). Estos dos documentos resultarán cruciales para el inicio de ese cambio de rumbo que se empieza a demandar con urgencia desde múltiples plataformas.

La globalización parece conducirnos pues por una senda aún más peligrosa que la del crecimiento-desarrollo habido hasta ahora. Incluso, James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial, declaraba recientemente, como si el «hacer» de las instituciones fuera un fin en sí mismo y estuviera fuera del control de los hombres: «Si no actuamos ya, en los próximos años las desigualdades serán gigantescas y se convertirán en una bomba de relojería que estallará en la cara de nuestros hijos».

Por otra parte, también desde organismos internacionales, como es la UNESCO, vaticina premonitoriamente su

Director General F Mayor Zaragoza (1997) que, ante la grave situación del planeta: «Si la humanidad no altera el rumbo, la guerra imperará y volverán a llamar a la puerta para que nuestros hijos vayan a la guerra». El diagnóstico de Mayor Zaragoza es expeditivo: «Hemos estado imponiendo modelos de desarrollo que constituían en realidad un negocio para los prestatarios... Pensamos en términos de competencia, enfrentamiento y exclusión... Nos comportamos con una irresponsabilidad total respecto a nuestros descendientes».

El Director General de la UNESCO avanza su receta fundamentándola, precisamente, en el protagonismo de «lo local»: «Yo confío en instituciones como las autonomías y los municipios. La diversidad es nuestra riqueza, y son las instituciones locales las que pueden impulsar, desde abajo, un movimiento de fraterización internacional. La diversidad no debe darnos miedo, al contrario... Sólo el impulso desde abajo puede cambiar la dinámica actual y llevarnos a una mecánica de paz».

Desde plataformas más críticas se denuncia el soterrado proceso que se viene gestando desde el paladín de la globalización EE UU, en cuanto a los intentos de desnutralizar de poder y protagonismo a aquellos organismos internacionales que intentan contrapesar los nefastos impactos de la globalización económico-financiera. Es el caso de Noam Chomsky (1997) que denunciaba recientemente: «En los últimos años EE UU se ha dedicado a destruir la ONU, algo que ya ha hecho con la UNESCO... También destruirá la OIT (Organización Internacional del Trabajo). La tendencia es eliminar los organismos que representen las necesidades del mundo».

Tanto la ONU como la OIT han emitido ya críticas al proceso de globalización denunciadas recientemente por el Director del Centro de Información de la ONU (1997): «La ONU y la OIT constatan que la globalización de la economía ha generado desarrollo, pero las desigualdades han aumentado dentro de los países y entre el Tercer y Primer Mundo... El crecimiento económico no parece sostenible y no frena la emigración».

La opinión de J. Pérez de Cuéllar (1997), ex-Secretario General de la ONU, que ha defendido con vehemencia la diversidad cultural frente a la globalización, es significativa: «La

GLOBALIZACIÓN CULTURAL

globalización cultural es tan arrolladora que hay que frenarla y evitarla... Pensamos que la economía debe estar al servicio de la cultura, es decir, el desarrollo debe ser parte de la cultura entendida como los hábitos y el espíritu de un pueblo».

También resulta de interés contrastar estas reflexiones con aquellas que se están haciendo, desde los sectores más radicales de Latinoamérica, respecto al confuso proceso de globalización. En el caso de Chiapas, México, la reacción violenta desde lo «lo local» no aparece sin embargo sectaria y excluyente. Así, el subcomandante Marcos (1997) del EZLN, hace una lectura, desde su propia realidad, de defensa del estado nacional, frente a los *megapolos* que conlleva la globalización: «El estado-nación se está transformando en un simple aparato de seguridad al servicio de las megaempresas». Marcos incorpora el concepto de megapolos, desde donde los estados-nación son disueltos y atacados por los mercados financieros. Su reflexión acusa, precisamente al neoliberalismo, de fragmentar el planeta para concentrar el poder en esas grandes Corporaciones Transnacionales que desde sus megapolos dirigen el mundo: «Una de las paradojas de la 4ª Guerra es que está destinada a eliminar las fronteras y a "unir" a las naciones, provocando sin embargo una pulverización de las naciones... La construcción de megapolos y la fragmentación de los estados son una consecuencia de la destrucción de los estados-nación... La supresión de las fronteras comerciales, la explosión de las telecomunicaciones, las autopistas de la información, el poder de los mercados financieros, los acuerdos internacionales de libre comercio, todo ello contribuye a destruir los estados-nación. Paradójicamente la mundialización produce un mundo fragmentado, hecho de compartimentos estancos, apenas conectados por pasillos económicos... El neoliberalismo fragmenta el mundo que querría unificar y produce igualmente el centro político-económico que dirige esta guerra (la megapolítica). Por ello —concluye Marcos— los zapatistas piensan que la defensa del estado nacional es necesaria frente a la mundialización, y las tentativas para romper México en pedazos vienen del grupo que gobierna y no de las justas demandas de autonomía de los pueblos indígenas». Sorprende, ciertamente, que estas reflexiones nos lleguen desde La Selva Lacandona.

¿La globalización económico-financiera y de los sistemas de información conlleva, necesariamente, la globalización cultural y política?... ¿Un solo mundo en lo económico, en el que el mercado y la competitividad aparecen como valores supremos, qué consecuencias tendrá sobre lo social, lo político, lo ambiental, lo cultural...?

Estas cuestiones comienzan a plantearse cada vez con más inquietud en nuestro entorno. La necesaria visión holística, integral del planeta, nos muestra el error de buscar soluciones con planteamientos sectoriales, compartimentadores de esas categorías supremas.

Sabemos de la necesidad de pensar en un solo mundo en lo ambiental, pero también intuimos que un solo mundo en lo ambiental es incompatible con dos y tres mundos crecientemente distantes en lo social y en lo económico. Compartimentar la globalización económico-financiera de sus consecuencias sobre lo social, lo cultural, lo político, lo ambiental, está siendo crecientemente percibido como un grave peligro para el bienestar de la humanidad.

La globalización económica está teniendo además de impactos indeseables sobre el paro, la cohesión social, incremento de la marginación y la pobreza, aumento de las diferencias del bienestar individual entre unos países y otros, resquebrajamiento de los procesos democráticos y del control social, etc., otros efectos que, aunque no tan evidentes, comienzan a ser percibidos como peligrosos en la esfera de «lo local» al diluir las ricas diversidades culturales con la uniformización y homogeneización de los pueblos y ciudadanos. Esa nueva cultura desideologizada y aparentemente apolítica que el consumismo informático y la sacralización del mercado como valor supremo impone, empieza a levantar alarmas y suspicacias reactivando fuerzas y sentimientos desde la escala local que permanecían anestesiados por el hechizo neoliberal y el llamado *pensamiento único* destructor, por uniformizador, del rico patrimonio cultural del planeta (I. Ramonet, 1995). Esta reacción desde «lo local» de recuperación del control democrático desde el ciudadano, de defensa de lo propio, de lo singular, de lo que diferencia, no se está planteando como exclusión del resto, ni significa una

Lo local frente a la globalización

vuelta a la cantonalización. Su fundamento está en la recuperación de la democracia participativa y en la preservación de valores culturales diversos que son los que enriquecen a la humanidad. La potenciación de «lo local», la revuelta contra los intentos de uniformización global, no es en absoluto excluyente como precisamente lo está siendo la globalización neoliberal, sino que tiene un poderoso contenido de solidaridad al pretender conservar y proteger valores universalistas de defensa de los derechos individuales y colectivos. De ahí, como señala Encina (1997) «todas las culturas están inmersas en una lucha global por la supervivencia». También Martine Blanc Montmayer (1997), director de la Bibliothèque Publique d'Information (BPI), del Centro George Pompidou de París, denunciaba que «existe una globalización de la cultura, cuando la cultura es lo contrario a la globalización».

Conectado con el peligro de la globalización cultural homogeneizadora y destructora de la diversidad cultural existente, las grandes lenguas, como la española, sienten también el riesgo de la globalización informativa sobre su propia identidad. Así, en el reciente Primer Congreso Internacional de la Lengua Española, celebrado en Zacatecas (1997), los académicos alertan también sobre la amenaza de la globalización informativa, proponiendo establecer «fronteras de defensa de las identidades propias» (Bernardo Díaz Nosty) contra la penetración de las pautas uniformizadoras y la influencia anglosajona que llegan de la mano de las nuevas tecnologías. Argumentan que la globalización es de hecho una *norteamericanización* y que el resto de los países hispano hablantes deben «fortalecer las industrias culturales propias... luchar contra la homogeneización de los mensajes y la expresión que amenazan con limar las diversidades preciosas que conforman las culturas hispanas». Consecuentemente proponen que «frente a la imparable uniformización de contenidos, actitudes y lenguaje que llega desde los nuevos centros de poder, la comunidad hispanohablante debe establecer estrategias de defensa de la propia identidad».

Todo ello es compatible con el principio de que cualquier cultura necesita del intercambio con otras culturas ya que alimentarse sólo de sí misma le conduciría inexorablemente a su propia destrucción, argumento que aduce José Luis Abellán (1997) para defensa del pluralismo cultural, en

la misma línea que lo hace en sus ensayos Günter Grass, insistiendo en que la riqueza cultural proviene de la diversidad.

En un reciente artículo sobre «Clonación y Biodiversidad» Abellán (1997) arremete contra una sociedad «cada vez más homogénea y uniformada» destacando el surgimiento de movimientos que reafirman el valor de la diferencia frente a un mundo donde los seres humanos tienden a convertirse en números. A eso conduciría, señala, «una civilización de seres clonados». Y es que, efectivamente, el pensamiento único del neoliberalismo al uso, con la globalización como objetivo bajo la égida del mercado, nos conduciría a un mundo de seres clonados, numerados, sin necesidad de la expresa clonación biogénica.

En el frontispicio del pensamiento neoliberal uno de los instrumentos para la homogeneización cultural en curso más eficaz radica en la intensa y mediatizada utilización de los mass media que «fabrican una "realidad virtual" como vía de construcción artificial de la realidad social» (Baudrillard, 1993; R. Fernández Durán, 1996). También B. Muñoz (1995) analizó críticamente este inmenso poder de los mass media como forma de homogeneizar los estados de conciencia pretendiendo incluso «aniquilar la memoria histórica y la identificación del pasado».

Sin embargo, esta nueva *cultura global*, que viene de la mano del pensamiento único, estimula, como se ha señalado, una reacción defensiva de las identidades locales cuyo alcance aún desconocemos. Ricardo de la Encina (1997) constataba recientemente: «el impacto de la globalización reactiva en las identidades nacionales... Cualquier intento de crear una cultura global acentuaría la pluralidad de las memorias étnicas de las naciones que han sido minorizadas por la conciencia postmoderna y supondría, como de hecho ya sucede, un recrudescimiento de las movilizaciones políticas para rehabilitar sus identidades culturales». En consecuencia, quizás muchos de los procesos nacionalistas que hoy se manifiestan representen una reacción defensiva contra la pérdida o la amenaza de pérdida de diversidad cultural, innatas al proceso globalizador deshumanizador, y en absoluto un ataque al humanismo universalista. Razón ésta que induce a afirmar a R. de la Encina (1997, b): «no debe oponerse,

como se hace con frecuencia, el humanismo y el nacionalismo. Si acaso, el verdadero "enemigo" del nacionalismo no es ni el humanismo ni el auténtico internacionalismo, sino el falso e hipócrita cosmopolitismo, que por desgracia abunda... Es necesario multiplicar al máximo los modelos de civilización y de cultura, favoreciendo la diversificación de las sociedades humanas».

Recuperar, pues, valores cívicos y democráticos en el mantenimiento y preservación de la diversidad cultural respetuosa con los derechos individuales y colectivos y alejada de integristas y sectarismos excluyentes, representa hoy uno de los frentes más activos contra la globalización uniformadora. Globalización que lanza sus dardos sibilinamente tratando en ocasiones de confundir este derecho a la biodiversidad cultural, a la diferencia en armonía, con nacionalismos étnicos o raciales.

La defensa de la diversidad cultural y política y de las propias identidades regionales o nacionales del planeta no puede deslegitimarse con alusiones a integristas exclusivistas metiendo toda la reivindicación de *lo propio* dentro del saco integrista. (Véase Gurutz Jáuregui, 1997). Al resquebrajamiento del estado-nación hay que responder con imaginación y creatividad solidaria, potenciando lo local a todos los niveles: naciones, regiones, comarcas y municipios, dentro de un humanismo, insisto, solidario y respetuoso con las minorías. El debilitamiento del estado-nación no puede consumarse permitiendo que todo su poder y soberanía se desplacen hacia esas escalas de gobierno supraestatal alejadas del ciudadano y de muy difícil control democrático. M. Castells (1997) señalaba recientemente: «el estado-nación ha entrado en una crisis profunda... crisis de operatividad... ya no funciona. Y crisis de legitimidad. El estado-nación parece, en efecto, cada vez menos capaz de controlar la globalización de la economía, de los flujos de información y de las redes criminales... La mayor parte de los problemas que afectan a la vida cotidiana, a saber, la educación, la sanidad, la cultura, el deporte, los equipamientos sociales, el transporte urbano, la ecología local, la seguridad ciudadana y el placer de vivir en nuestro barrio y en nuestra ciudad, son competencia y práctica de las entidades locales y autonómicas... La identidad de la gente se expresa cada vez más en un ámbito terri-

torial distinto del estado-nación moderno». Esta cruda constatación que describe M. Castells, termina cediendo un nuevo protagonismo a la escala local, lo que entiendo es sustancialmente positivo. Así Castells concluye: «El estado-nación pierde fuerza hacia arriba y se debilita por las cada vez más incisivas identidades regionales o nacionales, por abajo».

Paradójicamente pues, la globalización está propiciando un genérico reforzamiento de «lo local», reafirmación de identidades y demandas de un mayor poder y control local. De esa manera la diversidad cultural territorializada, sin exclusión ni discriminación, facilitará la responsabilidad social y el protagonismo más entusiasta de la sociedad civil con la recuperación de valores que contrarresten el frío mercantilismo del mercado y la competitividad y, en consecuencia, poder hacer frente al desafío del desarrollo insostenible y a la homogeneización globalizadora, socialmente excluyente que conlleva al pensamiento neoliberal.

La humanización del sentido de la vida, que difícilmente se impondrá desde la escala internacional, tiene muchas más posibilidades de implementarse desde la escala local donde los grupos sociales y el ciudadano aún disponen de resortes de control social y político, de importantes parcelas en el diseño de su desarrollo, aunque se constate que es en el modelo de producción y consumo donde se encuentran las auténticas raíces del problema.

Por otra parte, en un mercado globalizado no cuentan los intangibles. Sólo desde la diversidad y heterogeneidad de las identidades locales pueden identificarse y valorarse esos intangibles que permitan y den sentido a un desarrollo sostenible. El feroz individualismo que conlleva el pensamiento neoliberal en la práctica y que hoy se impone desde escalas macro, difícilmente controladas democráticamente, ignora valores como la cooperación, la solidaridad, la cohesión social..., que no pueden valorarse a precios de mercado, pero que si pueden incorporarse en las políticas locales que internalicen la idiosincrasia y valores colectivos de dichas comunidades. Las comunidades locales sí tienen cerebro y corazón frente al mercado que, en palabras de Paul Samuelson «carece de estas vísceras» (J. Estefanía, 1997).

Frente a la homogeneización-uniformización hay razo-

nes para reivindicar la diferencia, la diversidad, la subjetividad no excluyente que hoy resulta revolucionaria, siempre que implique humanización. Y esa diversidad tiene un anclaje territorial, soporte de identidades socioculturales concretas en donde aún es posible preservar un auténtico control democrático en la formulación y diseño de su desarrollo. Por ello, esta biodiversidad cultural y política a preservar, es susceptible de favorecer un mundo más humanizado, menos frágil, más respetuoso con las minorías, más enriquecedor y mejor preparado para hacer frente a totalitarismos fanáticos, sean éstos políticos o económico-comerciales.

GLOBALIZACIÓN AMBIENTAL

De la mano del pensamiento neoliberal, casi mundializado, la globalización económico-financiera contagia y arrastra, con consecuencias aún poco conocidas, a lo cultural y a lo político, con impactos que comienzan, poco a poco, a ser objeto de preocupación e investigación.

En lo que respecta, sin embargo, al medio ambiente y a la ecología, la lectura de este proceso, estando también íntimamente conectado con la globalización económica, presenta un escenario diferente, mucho más claro y nitido, por lo que su aceptación social es generalizada.

Ciertamente en lo ambiental-ecológico son los valores universalistas, de la casa común, los que han levantado la alarma por el enfoque holístico obligado para el ecosistema planetario. La visión ecológica de la existencia de un solo mundo en lo ambiental, en el que sus partes y funciones aparecen íntimamente relacionadas, ha popularizado el principio que refuerza y revaloriza lo local a partir de la máxima «pensar globalmente/actuar localmente». De esta manera la iniciativa, la decisión, la acción adquieren su principal protagonismo desde las escalas locales, aunque el desarrollo sostenible tenga sólo explicación y vigencia cuando se contempla en el marco de referencia de la perspectiva global.

J. M. Naredo alerta ya contra «el enfoque analítico-parcelario aplicado a la solución de problemas y a la búsqueda de rentabilidades a corto plazo», presente especialmente en los sistemas urbanos. Por ello matiza que «la diferencia

entre sostenibilidad local (o parcial) y la global cobra importancia cuando, como es habitual, no se razona a largo plazo» (J. M. Naredo, 1996).

La globalización de la cuestión ambiental no levanta temores ni suspicacias en su presentación y justificación, pero, la implementación del desarrollo sostenible no se está llevando a cabo desde la escala global, en paralelo con el proceso de globalización económico-financiera sino, fundamentalmente, desde escalas locales.

Desde la perspectiva ecológico-ambiental los pasos más trascendentales se están dando desde «lo local», a través de la articulación e implementación de sensibilidades locales y con instrumentos, estrategias y políticas formuladas democráticamente desde esas escalas. A pesar de las grandes dificultades que se observan en la consecución de la senda sostenible desde que fue formulada en la Cumbre de Río (1992), las iniciativas locales son muy conscientes de que hay que evitar que la sostenibilidad local se base en una creciente insostenibilidad global. En la senda hacia la sostenibilidad, lo local y lo global están condenados a entenderse. (Allende, J., 1995).

Lo cierto es que desde 1992 en que tuvo lugar la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, se observan muchas más iniciativas desde la escala local en la interpretación e implementación del desarrollo sostenible, sobre todo en la lectura de lo que entendemos por ciudades sostenibles. La Conferencia sobre Asentamientos Humanos (Hábitat II), organizada por las Naciones Unidas en la ciudad de Estambul en junio de 1996, conocida como la Cumbre de las Ciudades y centrada en la sostenibilidad de las ciudades, resulta esclarecedora. También la Carta de Aalborg, resultado de la Conferencia Europea sobre Ciudades Sostenibles, celebrada en mayo de 1994 en Dinamarca, demuestra el protagonismo de «lo local» en la interpretación del desarrollo sostenible. El reciente informe «Ciudades Europeas Sostenibles» de la Comisión Europea, marzo de 1996, resulta esclarecedor.

Pero, para «actuar localmente», hay que disponer de poder y capacidad de control y de implementación de políticas, planes y programas desde los ámbitos territoriales locales. Y en este campo la ordenación del territorio con su bagaje instrumental articulado desde la escala local-regional,

aparece como un andamiaje idóneo para la implementación de la cuestión ecológico-ambiental y para su control (Allende, J., 1995).

CONFUSIÓN EN EL ESCENARIO MUNDIAL

A las reflexiones expuestas en torno a la globalización habría que añadir otras características de ese escenario global de fin de siglo, poco esperanzadoras para un futuro de mayor bienestar del planeta y sus habitantes.

Diversos analistas vienen realizando diagnósticos incisivos de algunos de los aspectos más relevantes del panorama que ofrece ese mundo en proceso de creciente globalización (Angell, I., 1995; Jacobs, M., 1991; López G.A. et al., 1995; Naiskitt, J., 1994; Sorensen, G., 1995; Fernández Durán, R., 1996; Martín Mateo, R., 1992...).

Asistimos, durante este apasionante fin de siglo XX, a una confusa reestructuración de un amplio abanico de parámetros y valores a escala global que deben ser interpretados con urgencia desde la escala local (nacional-regional) pues, junto a esa creciente ola globalizadora, de dimensión planetaria, se vislumbra también una esperanzadora reacción *bottom-up* de protagonismo y revitalización de lo local regional.

Sintéticamente los aspectos más relevantes de la confusa situación del planeta gravitan en la órbita de los siguientes parámetros y reflexiones:

- En el escenario global destaca la crisis y deterioro de las relaciones Norte-Sur, a pesar del esfuerzo que realiza Naciones Unidas por mejorar y restablecer un nuevo escenario más justo y equitativo.
- Día a día emergen con fuerza las amenazas que progresivamente adquieren los problemas ecológicos de carácter global que tienen, sin embargo, una inmediata lectura desde la escala de «lo local».
- Presenciamos pues el amanecer de lo que se ha llamado *Edad ecológica* en un marco aparentemente poco propicio para abordar la cuestión medioambiental, al mantenerse el secular divorcio entre la economía y la ecología.
- El triunfo tan proclamado durante los ochenta y noventa del liberalismo, del capitalismo, de la economía de mercado y de la democracia, mientras el rol predominante del estado, que cedía su lugar a la empresa privada y a instituciones supraestatales y transnacionales, comienza, para algunos a mostrar sus fisuras y debilidades, resquebrajándose sus cimientos.
- Desde luego en muchos de los países denominados «desarrollados» las actuales instituciones democráticas y formas representativas están en crisis, como lo están los partidos políticos y la propia imagen del *corpus política*.
- Hay una crisis de confianza en las instituciones sociales, políticas y económicas que afecta a la llamada democracia liberal. Consecuentemente se busca otro tipo de representatividad mucho más participativa con bastante mayor protagonismo de la sociedad civil.
- Nos encontramos, paralelamente, en el inicio explosivo de la revolución de la información y sistemas sofisticados de comunicación, sin conocer hacia donde nos lleva en el contexto de la globalización.
- Parece admitirse que los valores y *certezas* socioeconómicas del siglo XX empiezan a colapsar, aceptándose ya que el desarrollo, tal y como lo entendíamos, es insostenible. Desde múltiples plataformas se hace un urgente llamamiento a un cambio real en el modelo de producción y consumo.
- En contraste, solamente dos valores prevalecen insistentemente en el escenario político y económico internacional: el mercado y la competitividad.
- Emergen también algunos problemas y fuerzas aún poco conocidas como el desempleo en los países *desarrollados*, junto a la aparición de nuevas élites sociales minoritarias pero crecientemente poderosas. Las transnacionales surgen como los auténticos poderes globales, a pesar de estar fuera del control político de los ciudadanos, e incluso de las naciones.
- Graves problemas como la pobreza, el desempleo y la precariedad del empleo, la marginación creciente, la contaminación y destrucción de recursos no renovables y de la naturaleza en general, el crecimiento de la población, migraciones masivas, plagas, catástrofes, creciente desigual-

Lo local frente a la globalización

dad entre países ricos y pobres, etc., nos están proyectando un mundo bastante inseguro, con un futuro poco esperanzador para la población.

- Con las nuevas tecnologías la Humanidad se polariza en dos categorías de empleos: La élite intelectual, tecnológica, cultural y de negocios por una parte, y el resto, la gran mayoría de la población, el llamado *immobil and dependent service workers*. Se pierden millones de puestos de trabajo y la lenta redistribución de la riqueza que venía propiciándose durante los últimos siglos, empieza a dar marcha atrás, volviéndose a generar fuertes desigualdades y a reforzarse la injusta estratificación social.
- Se percibe, consecuentemente, una crisis de confianza en las instituciones sociopolíticas y económicas, detectándose un sentimiento bastante generalizado de que todo se está acabando y de que estamos en el umbral de un cambio importante, si el mundo desea sobrevivir caminando por la senda del desarrollo sostenible, justo y equitativo.
- La globalización aquí en Europa parece realizarse bajo principios monetarios y económicos en el marco de Maastricht, sin despertar entusiasmos y adhesiones. Este escepticismo se generaliza y provoca un reforzamiento de sentimientos locales (nacionales, regionales...). Lo local adquiere un nuevo protagonismo, de regeneración democrática, de protección de su identidad cultural, en un escenario de aceptación de valores universalistas y solidarios aunque aún sea, ciertamente, incipiente.
- Un nuevo orden —que algunos denominan desorden— está emergiendo en esta nueva fase de telecomunicaciones con las nuevas *autopistas de la información*, que llegan junto al proceso globalizador económico-cultural. Comienzan así a desaparecer las barreras y límites nacionales bajo el principal protagonista que actúa como supremo valor de este cambio: *el mercado*. Incluso el dinero se transforma en información electrónica y la moneda ya no puede ser monopolizada por los gobiernos nacionales.
- En la escala territorial, objeto de especial atención en el siguiente epígrafe, se observa una tendencia a la desertización del territorio, junto a una concentración de la población en las grandes ciudades. De continuar este proceso, particularmente claro en algunas regiones del

planeta, conllevaría graves problemas para el medio ecológico-natural y para la preservación de las áreas rurales, afectando al patrimonio cultural y a la biodiversidad humana, además de agravar los múltiples problemas que aquejan ya hoy a las megaciudades.

- El modelo neoliberal actúa también críticamente sobre las ciudades, asumiendo decisiones públicas tradicionales a través de procesos privatizadores de muchas actividades y servicios que antes, por su naturaleza, estaban sujetos a una gestión y control democrático. Cada vez más, transnacionales de servicios, corporaciones multinacionales están presentes en el control de servicios públicos tradicionales. La proliferación de *quangos* (organizaciones no gubernamentales cuasi-autónomas) sustituye el control de gobiernos locales en actividades y servicios como vivienda, educación, sanidad, política ambiental, abastecimiento de agua, urbanismo, etc. Así los estados parecen defender más los intereses de las corporaciones transnacionales que los de sus propios ciudadanos, cediendo soberanía sobre asuntos económicos y de interés social a instituciones y organizaciones internacionales de difícil control democrático

Pero junto a esta serie de problemas y amenazas, profundamente interrelacionadas y que aparecen de la mano de ese proceso globalizador bajo el pensamiento neoliberal, renacen también nuevos elementos, antidotos, conductas, que van a requerir especial atención para el contexto local por las aparentes contradicciones que se generan. Estas nuevas características las esbozo aquí con espíritu esperanzador, consciente de que estamos aún en el inicio de ese importante cambio que revierta la tendencia hacia la catástrofe.

- Junto a la globalización se observa una clara revitalización de «lo local», sin renunciar al pensamiento global hoy obligado, acompañada de una pérdida paulatina del papel tradicional del estado-nación. El tandem global-local empieza a ser visto como dos hechos sincrónicos que no deben interpretarse como sincréticos contra el estado-nación.
- Se percibe también un importante auge de las ONG, movimientos sociales de solidaridad con alcance planeta-

rio y, en general, incipiente revitalización de organizaciones de la sociedad civil que demandan un mayor protagonismo y control en el diseño del desarrollo. Aparecen movimientos sociales transnacionales que incorporan principios de cooperación y solidaridad que, aunque puedan presentarse como colchón anestésico de situaciones explosivas, recuperan valores y principios que el mercado desatiende e ignora.

- Frente a los males de la globalización resurge con creciente intensidad el «poder del consumidor» acompañado de una demanda de mayor control democrático desde la escala local. Lo que Vandana Shiva denomina *democratic pluralism* (V. Shiva, 1996).
- Se generaliza la conciencia del grave problema ecológico global y se revitaliza también el necesario protagonismo local bajo el reconocimiento de que un solo mundo en lo ambiental es incompatible con dos y tres mundos crecientemente distantes en lo social y económico.
- Se reconoce que es necesario establecer un nuevo manejo entre la economía y la ecología y medio ambiente, divorciados hasta ahora en la práctica. Cada vez son más las voces que claman por la ecologización de la economía, dentro del contexto del desarrollo sustentable o sostenible (DS), aún pobremente comprendido y practicado, aunque crecientemente aceptado.
- Comienzan a consolidarse críticas al dominio de ese credo que es «la competencia» como valor supremo junto al «mercado», que provoca frecuentemente una confrontación social y éticamente indeseable, no sólo a escalas individuales, sino también de estado contra estado, región contra región, ciudad contra ciudad, e incluso suburbio contra suburbio.
- De la mano del Desarrollo Sostenible se refuerza sin embargo la necesidad de incorporar la planificación territorial (urbana y regional) en el marco de una nueva política de ordenación del territorio en la que las consideraciones ambiental-ecológico-sociales cobrarán, deseablemente, un protagonismo desconocido, así como el papel y competencias de los entes locales territoriales de la sociedad civil organizada.
- Se observa, en consecuencia, la emergencia de ciudadada-

nos con una conciencia transnacional como parte de ese orden en transformación, pero compatible con la revitalización de las prioridades nacionales o regionales nada dogmáticas y en un contexto de solidaridad desde la especificidad. Solidaridad y cooperación en las que la biodiversidad cultural representa un objetivo deseable del Desarrollo Sostenible.

- El creciente retroceso del papel del estado y los intereses de los robustecidos agentes sociales privados en el marco de la gestión urbana-regional podría parecer que no apoya una expansión y consolidación de la práctica de la planificación territorial capaz de situar los intereses del conjunto de la sociedad por encima de los intereses individuales. Hay ciertamente contradicciones que necesitan tratarse y decantarse. Sin embargo, la planificación urbana y regional parece salir del letargo que atravesó durante la década de los ochenta en la que el *laissez faire* y la desregulación del neoliberalismo a ultranza cobraron una actualidad que hoy empieza a languidecer, al menos en Europa. La incorporación de la cuestión ambiental y el nuevo concepto del Desarrollo Sostenible motivan, en mi criterio, la urgente necesidad de una nueva y reforzada política de ordenación del territorio íntimamente ensamblada con la política medioambiental que emerge desde la escala local-regional.

Ciertamente el panorama en el escenario mundial aparece confuso pero, desde el enfoque de este trabajo, la paradoja que supone el que junto a la globalización se refuerce «lo local» (sincronial) y que resurjan valores y demandas que han permanecido excesivamente relegadas durante las últimas décadas es, al menos, una esperanza.

Parece claro que el estado-nación está en decadencia vaticinándose que quizás pronto aparezca como una peculiaridad o fenómeno del siglo XX. Hoy se diluyen o transforman en estado-corporaciones, como se diluyen también las barreras de los límites nacionales aunque se observe una revitalización de «lo local». Los estados controlan cada vez menos las variables macroeconómicas que se deciden por los auténticos poderes mundiales no controlados democráticamente, multinacionales y transnacionales, o por organiza-

Lo local frente a la globalización

ciones supraestatales reguladoras del mercado, como la Unión Europea, Mercosur...

Pero, paralelamente, hemos insistido en que la globalización y la crisis del estado-nación estimulan ciertos resortes aún poco conocidos en «lo local», fragmentándose los estados en unidades político-territoriales que captan, o es su preensión, más poder y soberanía. Hay futurólogos como Heinzen que esperan que durante el próximo siglo el número de estados en las Naciones Unidas se incremente de los 184 actuales a más de 1000. Así el tandem global-local se refuerza mutuamente y hasta en Europa empieza a no sonar estridente la idea de la «Europa de las regiones», e incluso, y aquí radica otro peligro de la globalización, la confusamente denominada «Europa de las ciudades».

GLOBALIZACIÓN-POLARIZACIÓN: ¿CIUDADES-ESTADO?

El panorama que suscita la reacción *botton-up*, de revuelta social, reafirmando las identidades socioculturales, locales-regionales y de las naciones sin Estado frente a la globalización, ha sido denominado por John Naisbitt (1994) como «la paradoja de lo global». Sintéticamente la describe así: «Paradójicamente a medida que el mundo se integra económicamente, las partes que lo componen son cada vez más numerosas y más pequeñas e importantes. Al mismo tiempo que crece la economía global se expande también el número de sus partes.»

En una economía unificada lo pequeño, las unidades económicas flexibles, pueden ser cada vez más poderosas a medida que los estados-nación se transforman en obsoletos y lo local, representado por el municipio, la comarca, la región..., reivindica su propia singularidad sociocultural y poder territorial. Según progresa la globalización hay reconocidos analistas que opinan que la gente, los pueblos, son cada vez más conscientes de sus identidades en términos de lengua, cultura, idiosincrasia, territorio... Una tendencia que está conduciendo a la formación y reivindicación de un creciente número de países pequeños y regiones autónomas.

Este proceso de transformación afecta también al quehacer político por lo que viene acompañado de un análisis crítico del sistema democrático representativo, tal y como lo conocemos. Así se observan crecientes demandas de:

- Descentralización (principio de subsidiaridad).
- Democracia participativa (participación pública).
- Revitalización de la sociedad civil y de sus ONG.
- Mayor control de decisiones públicas y mayor transparencia.

Un nuevo escenario emerge en respuesta o estimulado por el proceso de globalización económico-financiera que, evidentemente, tiene una lectura desde el territorio y la conformación de un modelo territorial sobre el que hay que empezar a reflexionar.

Son diversos los expertos que constatan un incipiente modelo territorial fundamentado en la gran ciudad como soporte último del proceso de globalización. Este modelo, si llega a imponerse, alberga en sus entrañas graves consecuencias en lo ambiental, en lo cultural, en lo social y en lo político.

Desde analistas próximos aparecen reflexiones en esa dirección, aunque con contenidos críticos diferenciados. Así Manuel Castells (1990) adelanta que: «En este modelo de crecimiento... las grandes ciudades desempeñan un papel estratégico fundamental.» También Ramón Fernández Durán (1996), de manera más incisiva, constata «la consolidación de un modelo territorial... en el que resalta la macrocefalia de sus principales ciudades», eso que denomina «ciudades globales»... «Todo ello redundará en una mayor presión sobre los espacios urbanizados eliminando lo poco que queda de autonomía en los espacios rurales... agudizando los desequilibrios territoriales y ambientales... Hechos que pueden llegar a configurar un escenario de polarización... si bien la situación es enormemente diferente a la existente en la Edad Media, cuando surgen las ciudades-estado».

El proceso de desestructuración territorial que conlleva la globalización económica tiende, como ya hemos detectado, a concentrar poder de decisión e instituciones o corporaciones supraestatales alejadas del control democrático direc-

to, y por abajo a mimetizar esa centralización de poder en megaciudades, ciudades globales, ciudades-estado... vaciando y desnutriendo de poder real a las regiones, las comarcas o los municipios. De ahí la reacción desde «lo local» que hemos expuesto ya. La globalización tiende a expresarse territorialmente potenciando las grandes ciudades o ciudades poder («nuevas fortalezas» las denomina R. Fernández Durán, 1996), con impactos graves socioculturales y sobre el medio ambiente, al propiciar, en primer término, el abandono poblacional de las áreas rurales y el estancamiento de comarcas y ciudades medias.

Este incipiente modelo de desarrollo polarizado tendrá consecuencias muy perjudiciales en el equilibrio territorial y en la implementación del desarrollo sostenible, con independencia de sus implicaciones socioculturales, al propiciar la uniformidad y el «pensamiento único».

La creciente debilidad de los estados-nación no debiera arrastrar la pérdida de poder y soberanía de aquellas escalas territoriales más próximas al ciudadano donde éste encuentra y reconoce su identidad desde un sentimiento colectivo histórico, como sucede en el sentido de pertenencia a naciones, regiones, comarcas y municipios. Es, además, desde esas escalas territoriales desde donde la reconstrucción de la democracia participativa y la cultura cívico-democrática puede implementarse con consistencia.

En la escala de «lo local» pueden definirse e implementarse políticas ambientales, educativas, sanitarias, energéticas, de ordenación del territorio, etc., capaces de reajustar, socializar y humanizar el duro modelo de producción y consumo que se diseña desde instancias supraestatales. Modelo global que favorece un esquema territorial donde la población y el poder político tienden a concentrarse en megaciudades de difícil control económico, social y político, además de homogeneizador de gustos, necesidades y culturas.

De esa manera, de progresar el modelo territorial polarizado, las ciudades-estado mimetizarían al estado-nación centralista pero desde una posición que, en contraste con un modelo territorial difuso, favorecería la uniformización desideologización de los ciudadanos y, en consecuencia, los objetivos de los poderes fácticos económico-financieros que están tras la globalización.

Tendríamos así ciudades-estado no intervencionistas, pero si gendarmes del pensamiento único y del consumo unificado.

Por el contrario, el reforzamiento y revitalización de «lo local», con ciudades pequeñas, medias y grandes, con centros comarcales activos, con cabeceras regionales:

- Facilita la democracia participativa, el control social, la transparencia.
- Mantiene y enriquece la diversidad cultural favoreciendo la solidaridad y otros valores que la gran ciudad diluye y anula.
- Propicia un modelo territorial más equilibrado con deseables implicaciones para la conservación y recuperación del sistema ecológico-ambiental.
- Permite la implementación de programas agropecuarios y ecológicos integrados en la vida cotidiana de los espacios rurales.
- Ofrece mucha menos vulnerabilidad al sistema ante situaciones catastróficas imprevistas. Es más versátil y flexible.
- Favorece la interpretación e implementación del desarrollo sostenible. Es desde «lo local», desde donde el desarrollo sostenible y tangible puede comprenderse a través de esa intensa participación pública. Desde la escala global es el crecimiento económico el que figura como único credo.
- Refuerza sentimientos colectivos y de cooperación vinculados a un territorio concreto con el que se sienten identificados y del que se sienten responsables, enriqueciendo así las relaciones sociales humanizadas y la solidaridad.

En síntesis, un modelo territorial que contribuye a internalizar aquellos atributos y características que se detectan en las diferencias habituales entre un modelo disperso y un modelo concentrado.

En este nuevo escenario de globalización descrito y de paralela crisis del estado-nación, son varias las cuestiones e interrogantes que necesitan debatirse y clarificarse:

- ¿Qué modelo interesa a los poderes que están tras la globalización?

Lo local frente a la globalización

- ¿Qué alternativas existen?
- ¿Están en la misma situación de partida el modelo territorial de los países del Tercer Mundo y del Primer Mundo?
- ¿Qué tipo de esquema territorial de distribución poblacional y de actividades económicas debe propiciar la nueva senda-filosofía del desarrollo sostenible?
- Tanto desde el punto de vista democrático, como de política medioambiental y ecológica, ¿el camino a seguir debe incidir en un modelo concentrado o en un modelo de dispersión concentrada?
- ¿No es absolutamente diferente propiciar un modelo territorial concentrado en grandes ciudades, ciudades globales, como son o pretenden serlo: París, Río de Janeiro, Bogotá, Singapur, Rotterdam, Buenos Aires, Tokio, Madrid, Moscú, Barcelona..., que un modelo territorial que favorezca las ciudades medias y pequeñas, y las regiones de las que forman parte esas ciudades?

El paradigma del desarrollo «desde abajo», de desarrollo local endógeno (Vázquez Barquero, A., 1988 y 1993), de la importancia concedida al sentimiento colectivo de pertenencia a una comunidad con identidad propia, del potencial que se concede a la existencia de un vínculo cultural histórico con el territorio, favorece desde luego un modelo disperso, dentro de una razonable concentración en ciudades pequeñas y medianas (Allende, J., 1988).

La alternativa frente a la globalización económico financiera y cultural debe estar, según mi criterio, en la recuperación del poder desde abajo, esto es, desde los municipios, las comarcas, las regiones, asumiendo que aquí están las ciudades y que, efectivamente las ciudades deben de asumir un nuevo protagonismo... Pero cuidado con las grandes ciudades, las ciudades globales, las ciudades-estado, sobre todo en el contexto actual de creciente proceso de globalización.

Frecuentemente, cuando se habla del nuevo poder o protagonismo de las ciudades, se está pensando en las grandes ciudades, las grandes áreas metropolitanas, y ese modelo polarizado puede de hecho generar, de la mano de la globalización, una nueva dictadura de las grandes ciudades que se transformarían a la postre en ciudades-estado.

En este contexto y centrándonos ya en el caso europeo, se nos presentan también una serie de cuestiones que van a exigir un debate abierto y relativamente urgente:

- ¿Debemos caminar hacia una Europa de las regiones?
- ¿Hacia una Europa de las ciudades, entendidas como grandes ciudades o ciudades-estado?
- ¿Hacia una Europa de las ciudades en la que se refuerce el protagonismo de las ciudades medias y pequeñas?
- ¿Hacia una Europa de las comarcas que, evidentemente, disponen de ciudades cabecera?

No hay que olvidar que toda ciudad, sea grande, mediana o pequeña, forma parte de una región y de una comarca. Desde las perspectivas de la política de ordenación del territorio, de la política ecológico-ambiental, de la política agropecuaria, de equipamientos sociales, energética, etc.; lo razonable es que la formulación, coordinación e implementación se articulen sobre espacios supramunicipales y supraurbanos, capaces de priorizar criterios de colaboración, cooperación, coordinación y solidaridad. Y en este contexto, dependiendo de las realidades territoriales, la escala idónea no es la ciudad, sino la comarca y la región. El concepto de ciudad tiene el peligro de excluir a la región o anularla, pero la región nunca excluye a la ciudad.

La realidad que parece percibirse en Europa es que la Europa de las regiones cede terreno a la Europa de las ciudades, que en realidad pretende ser no la del rico abanico de ciudades pequeñas y medianas, sino la Europa de las grandes ciudades ya existentes, la Europa de las grandes áreas metropolitanas ya consolidadas, de las ciudades globales o en ciernes.

Esta Europa de las macrociudades va, ciertamente, por un camino opuesto a una concepción comarcal o regional del territorio en la que se refuerce el papel y protagonismo de la gran mayoría de ciudades existentes. Recientemente en unos «Encuentros de Desarrollo Local y Empleo», celebrados en Galicia (Allende, J., 1996), sugería unas cuestiones que aún siguen vigentes en torno a esa Europa futura de las grandes ciudades que se aleja de la Europa de las regiones y comarcas a medida que va consolidándose la globalización:

- ¿Puede ser la comarca, con cabecera comarcal nacida desde abajo, desde las propias esencias de los municipios con sentimiento comarcal, una unidad político-territorial a tener más en cuenta en ese escenario futuro?

Si llega a conformarse esa Europa de las ciudades globales, que desertizaría los territorios rurales, debilitando poco a poco a las ciudades pequeñas y medianas:

- ¿Es eso bueno para nuestras comunidades histórico territoriales y para la conservación y protección de los aspectos ambientales y ecológicos del territorio?
- ¿Qué consecuencias puede tener la concentración de poder, dominio y población, en las grandes ciudades, con respecto a la realidad comarcal y de ciudades medias?
- ¿Qué consecuencias sobre el creciente abandono y desertización de las áreas rurales tradicionales y regiones en declive?
- ¿Qué implicaciones tendría sobre la pérdida de diversidad cultural y natural ese proceso que hace de los pueblos ciudadanos cada vez más homogeneizados?

Y, en términos de desarrollo sostenible o vida sostenible, ¿será más sostenible una Europa donde la vida mayoritaria de sus gentes y actividades se concentre en unas pocas grandes ciudades, o una Europa en la que coexistan ciudades medias situadas como centros referenciales de convivencia de entidades comarcales o regionales vivas y activas?

BIBLIOGRAFÍA

ABELLÁN, J. L., 1997, «Clonación y Biodiversidad», *El País*, 12/4/1997.

ALLENDE, J., 1998, «Desarrollo Económico Local y Reestructuración Urbano Regional», en *La Ciudad, Instrumento de Recuperación Económica y Creación de Empleo*, Ayuntamiento de Vitoria, Ayuntamiento de Pamplona, Vitoria-Gasteiz.

— 1991, «Escala Local y Escala Internacional en el Conflicto Ambiental», *Revista de Derecho Urbanístico*, nº 124.

— 1995, «Desarrollo Sostenible. De lo Global a lo Local». *Ciudad y Territorio - Estudios Territoriales*, nº 194, Madrid.

— 1995, «El Desarrollo Sostenible desde la Ordenación del Territorio», *Economía y Sociedad*, nº 12, Madrid.

— 1996, «La Comarca desde la Globalización. Reflexiones Urgentes», en *Encuentros de Desarrollo Local y Empleo*, Diputación de La Coruña - Codello de Culleredo, La Coruña.

ANGELL, I., 1995, «Winners and Losers in the Information Age», *L.S.E. Magazine*, Summer, London.

BLANC - MONTMAYEUR, M., 1997, en *El Mundo*, 9/4/1997.

BAUDRILLARD, J., 1993, *La Ilusión del Fin*, Ed. Anagrama, Barcelona.

CASTELLS, M., 1990, «Estrategias de Desarrollo Metropolitano en las Grandes Ciudades Españolas: La Articulación entre Crecimiento y Calidad de Vida», en AA.VV. *Las Grandes Ciudades en la Década de los Noventa*, Ed. Sistema, Madrid.

CASTELLS, M., 1997, «¿Fin del Estado-Nación?», *El País*, 26/1/1997.

Congreso Internacional de Lengua Española (I), 1997, Zacatecas, México, *El País*, 12/4/1997.

Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, Río 1992, Dirección General de Política Ambiental, MOPTMA, 1993.

CHOMSKY, N., 1997, *El Mundo*, 24/1/1997.

DE LA ENCINA, R., 1997 a, «Nacionalismo y Globalización», *El Mundo*, 17/3/1997.

— 1997 b, «Humanismo y Nacionalismo», *El Mundo*, 17/2/1997.

Director del Centro de Información de la ONU, *El País*, 17/4/1997.

ESTEFANÍA, J., 1997, *Contra el Pensamiento Único*, Ed. Taurus.

FERNÁNDEZ DURÁN, R., 1993, *La Explosión del Desorden. La Metrópoli como Espacio de la Crisis Global*, Ed. Fundamentos, Madrid.

— 1996, *Contra la Europa Capital*, Talasa Ed., Madrid.

JAUREGUI, G. 1997, *Los Nacionalismos Minoritarios y La Unión Europea*. Ed. Ariel.

JACOBS, M., 1991, *The Green Economy*, Pluto Press.


LÓPEZ, G. A.; J. SMITH, and R. PAGNUCCO, 1995, «The Global Tide», *The Bulletin of the Atomic Scientists*, July-August.

MAJOR ZARAGOZA, F., 1997, *El País*, 22/6/1997.

Lo local frente a la globalización

- MARCOS, Subcomandante EZLN, 1997, «La 4ª Guerra Mundial a comienzos». *Le Monde Diplomatique*, agosto, París.
- MARTÍN MATEO, R., 1993, *El hombre. Esa especie en peligro*. Edit. Coopmanes, Madrid.
- MUÑOZ, B., 1995, *Teoría de la Pseudocultura. Estudios de Sociología de la Cultura y de la Comunicación de Masas*, Ed. Fundamentos, Madrid.
- NAREDO, J. M., 1996, «Sobre el Origen, el Uso y el Contenido del Territorio Sostenible», en *Ciudades para un Futuro más Sostenible*, Hábitat II, MOPTMA, Madrid.
- NAISBITT, J., 1994, *The Global Paradox*. Ávon Books.

- PÉREZ DE CUELLAR, J., 1997, *El País*, 19/4/1997.
- RAMONET, I., 1995, *Cómo nos venden la moto*, Icaria, Barcelona, 1995, 1998, 7.ª edición.
- SHIVA, V., 1996, «The Alternative to Corporate Protectionism», *Bifá - The Seed*, nº 15 y nº 16.
- SORENSE, G., 1995, «For Futures», *The Bulletin of the Atomic Scientists*, July-August.
- VAZQUEZ BARQUERO, A., 1993, *Política Económica Local*, Pirámide.
- 1988, *Desarrollo Local. Una Estrategia de Creación de Empleo*, Pirámide.



Capitalism Nature Socialism

A Journal of Socialist Ecology

RIPPLES IN CLOJ'S POND
A Sense of Place
J. Donald Hughes

VIRTUAL INTERVIEW
Asia In Crisis. An Interview
with Robert Guttmann

SYNOPSIS
Jeffrey Sachs on Nature and
Economic Development.
Four CRITIQUES
James O'Connor,
Antonio Contreras,
José Carlos Escudero,
& María Pilar García

GREEN DREAMS
Green Dreams of Space
Paul Buhle

TEACHING POLITICAL ECOLOGY
Nature and Narrative:
Environmental Discourses,
Property, and Power
Charles Zerner

REVIEW ESSAY
Walter Law and
the American West(s)
Tim Strohane

BOOK REVIEWS

BOOK NOTES

LETTERS

HOUSE ORGAN


ESSAY
Trade Unions as Environmental
Actors: The UK Transport and
General Workers' Union
Michael Mason and Nigel Morley

STREET ECOLOGY
Utah's Toxic Heaven
Mike Davis


AMERICAN LANDSCAPES
Savage Fields: Ideology and the War
on the North American Coyote
John Santolucito

EFFLU' SI' MUKOVE
Does Anything New Ever Happen?
Richard Lewontin & Richard Lewins

THEMERS
Ecology and Anthropology in
the Work of Murray Bookchin:
Problems of Theory and Evidence
Alan P. Rudy



4239160201



Capitalism Nature Socialism

A Journal of Socialist Ecology

ENVIRONMENTAL JUSTICE
The Politics of Gender in the Los
Angeles Bus Riders' Union/
Shoikato de Paz/José
Mita Burgos and Laura Pulido

SOCIAL MOVEMENTS
NGOs and Social Movements: A
Study in Contrasts
Alex Demirovic

NATURE PROSPECTS
Chris Poyer
Kate Soper

VIRTUAL INTERVIEW
Asia In Crisis II: An Interview with
David Felix

HUMAN NATURE
The Blusion of the True Self: A
Critique of Contemporary
Bourgeois Psychoanalysis
Richard Lichstein

RIPPLES IN CLOJ'S POND
Medieval Romance and the Barriers
to Growth Revisited
J. Donald Hughes/Peter Lenzir

REVIEW ESSAYS
Political Ecology of Industrial Tree
Plantations and Large Dams
Juan Martínez Alier
The Social Lives of Rivers
Tim Strohane

BOOK REVIEWS

BOOK NOTES

LETTERS


HOUSE ORGAN

ESSAY
Civilization and Sludge: Notes on
the History of the Management
of Human Excreta
Abbie Rockefeller

SYNOPSIS
Steven Vogel's *Agnostic Nature*:
An Environmental Ethic for
Ecological Socialists?
Andrew Light, Lorenzo C. Simpson,
Alan P. Rudy, David Maczarday
Rozly
Sharon Vogel

**David Harvey's Justice, Nature
and the Geography of Difference: A
Meta-Theory for Ecological Socialists?**
Chris Roberts, Raymond Rogers,
Noel Castro, John B. Foster

STREET ECOLOGY
El Niño and Year One
Mike Davis



4239160201